

SEÑAL MEMORIA

18 de noviembre de 1985

Presidente de la República

Belisario Betancur Cuartas

«*Dolor de patria, dolor de Colombia*».

Palabras de instalación de la reunión de expresidentes de la república.

La patria vive hoy una conjunción de circunstancias -todas terriblemente dolorosas-, para superar las cuales es indispensable la solidaridad de los colombianos. No es solamente el ademán político de vincular a quienes tienen determinados ideales y aspiraciones, a un propósito común: es necesario algo más profundo y radical, porque se trata de preservar la existencia física de millares de compatriotas cuya vida se halla severamente amenazada por la naturaleza; y, al mismo tiempo, se trata de cerrar filas en torno a las instituciones golpeadas por acciones violentas, en pugna con las formas civilizadas de conducta que hemos establecido los colombianos, ganándole terreno a la irracionalidad y a la barbarie.

He pedido esta deliberación a los ilustres expresidentes que me han precedido en la responsabilidad del gobierno, para que todos pensemos en la mejor manera de orientar los programas de rehabilitación física y moral que debemos emprender inmediatamente y que tendrán profundas repercusiones en el futuro de las instituciones democráticas, en la consolidación de la justicia social y de la cultura política; pero también en la curación de las heridas que han dejado los golpes sufridos en el cuerpo de la nación, en su pueblo, que hoy atraviesa una desoladora prueba. Les he pedido que vengan a ilustrarnos con sus luces y con su prudencia, a ellos que sortearon con éxito las situaciones que en su momento les creó el destino.

1. El don de consejo

Cuando el señor expresidente Julio César Turbay Aya-la sugirió hace algunas semanas esta reunión, no dudé en aceptarla por que encontré excepcional que el país pudiera contar con la esclarecida opinión de ustedes, sobre los temas públicos de apremiante actualidad: su patriotismo, su experiencia, la ponderación y tino que mostraron en el manejo de difíciles situaciones, su sa-

biduría y su don de consejo, son calidades que la nación les reconoce y que hacen más valioso su aporte.

Coincidimos todos, ustedes y yo, en que una reunión como ésta no pretende, en manera alguna, sustituir las relaciones permanentes que el gobierno, los partidos y el Congreso deben mantener para la ejecución armónica de las tareas que a cada uno de ellos corresponden. Lo mismo debe decirse de las demás reuniones que celebremos y de los contactos y comunicaciones que espero continuar manteniendo con ustedes.

Prueba de que no estamos reemplazando a los partidos y al Congreso, son las conversaciones que en estos mismos días he venido sosteniendo con los jefes de aquéllos, concretamente con el Doctor Misael Pastrana Borrero; las que estoy buscando con el Doctor Virgilio Barco, entre otros; con las Mesas Directivas de las Cámaras Legislativas; con los dirigentes de otros importantes sectores de opinión, como el Doctor Luis Carlos Galán, sin exclusiones en procura de los acuerdos que las actuales circunstancias demandan.

2. Tres puntos fundamentales

El asalto e incendio del Palacio de Justicia y la tragedia que todavía viven vastas zonas del Tolima y de Caldas, hechos cuya magnitud, consecuencias y secuelas el país no alcanza a medir en su exacta dimensión, hacen que, con todo respeto, trate yo de indicar una especie de agenda a nuestras conversaciones, sin perjuicio de tocar otros temas que Ustedes sugieran. Les pido, entonces, su opinión sobre estos asuntos:

- 1°. Orientación y manejo del proceso de paz;
- 2°. Relaciones del Gobierno con los Partidos y de éstos entre sí;
- 3°. Determinación de la posible plataforma legislativa

prioritaria para lo que resta de las actuales sesiones ordinarias y posible declaratoria del estado de emergencia.

3. Reconstrucción y restauración

Cuando tomé posesión del honroso cargo que desempeño, juré cumplir la Constitución y la Ley y defender las instituciones: eso he hecho y eso haré con mis fuerzas y más allá de mis fuerzas; porque no hay límite en el servicio de la patria. Establecí un gobierno nacional, desde luego con fallas enmendables, porque pienso -y pongo en práctica ese pensamiento-, que ningún partido ni movimiento puede enajenarse ni mutilarse una parte de la nación por razones ideológicas o tácticas; y que ningún país y menos aún en países en proceso de desarrollo como el nuestro, puede darse el lujo de mantener alejada del servicio público una parte de su inteligencia.

Hoy, en la coyuntura tan tremenda que vivimos, encuentro que esa práctica me autoriza para reclamar la solidaridad de todos los colombianos, en torno a los programas de reconstrucción de las zonas afectadas que acometeremos de inmediato.

La convocatoria que hoy hago a mis conciudadanos tiene la urgencia y significado de las que hicieran en su momento no pocos de los grandes de nuestra nacionalidad, Bolívar y Santander y Herrera, entre otros: se trata, por una parte, de remediar los profundos y graves destrozos que en vidas humanas -en inapreciables vidas de hermanos del alma- ha hecho la violencia de la naturaleza; y por otra, de unirnos en un impulso solidario, superando las diferencias partidarias para mirar cara a cara a la patria en su integridad y plenitud.

Pienso que en este momento el mayor tributo, el más fecundo, que cada uno puede hacer a sus creencias e ideales, es fundirlos en un esfuerzo supremo para superar el drama que surcamos.

El formidable y enternecedor movimiento solidario de los colombianos para acudir en auxilio de las regiones azotadas por la catástrofe, y la generosidad con que han socorrido a los sobrevivientes, revelan un espíritu naturalmente bueno, un alma sensible que se conmueve ante las huellas del dolor en la piel de la patria. Que se estremece, ciertamente, pero que no se paraliza.

4. Responsabilidad histórica

Admito que puedo haberme equivocado y estoy dispuesto a revisar lo revisable, a corregir lo corregible, a hacer lo que me corresponda, según lo he reconocido ya sin falsa humildad y sí con realismo.

En estos difíciles momentos, todos, sin excepción alguna, gobierno, Congreso, partidos, nuestra clase di-

rigente, donde quiera que ella esté, tenemos una clara responsabilidad histórica para con el país, sus instituciones, su sistema político y sus evidentes deseos de cambio y de transformación.

Nadie puede mostrarse indiferente ante la clamorosa situación: cada quien debe asumir, con decisión y empeño, la parte de la tarea que le corresponde.

Los enemigos de nuestra nacionalidad y los que quieren cambiarle su fisonomía, están pendientes de cómo nos comportemos. Esperan que demos muestras de debilidad o de división.

Así no va a suceder. Para eso están ustedes aquí, señores expresidentes: para decirle a la nación, con su ejemplo, con su autorizada voz y con su consejo, que la aflicción y la pena no van a hacernos olvidar nuestros deberes y compromisos para con el futuro. Porque a la adversidad, que demanda paciencia y resignación, también debemos responder con energía y fortaleza, poniendo en acción nuestra diáfana y decidida fe en la patria: nuestras plenas capacidad y voluntad de recuperación.

5. La solidaridad extrema

Sé que la Constitución y la Ley dan al ejecutivo los instrumentos necesarios e indispensables para ejercer el gobierno. Sé, también, que dan al presidente instrumentos extraordinarios para conjurar situaciones de emergencia: en esto nuestra Constitución es sabia y flexible.

Pero, sabiendo que esto es así, no he querido usarlos indiscriminadamente, sino, antes bien, quiero reunir al mayor número de mis compatriotas en la toma de las grandes decisiones, de aquellas que encarnan un cambio en las actitudes y prácticas o en la conciencia de mis conciudadanos.

De ahí el sentido de mis continuas convocatorias, de mi incansable apelación a las luces y sabiduría de mis conciudadanos. No para eludir, no, responsabilidades: saben mis compatriotas que antes de eludir las responsabilidades las reclamo y que nunca soslayaré el juicio sobre mis actos. No podría eludirlo sin faltar gravemente a mi patria que tan generosa ha sido conmigo: la que hoy reclamo es esa solidaridad extrema, de que tan heroicas muestras han dado mis compatriotas en los últimos días.

Solidaridad de los humildes en su dolor y en su pobreza; solidaridad de los periodistas en su dedicación y su valor sin medida; solidaridad de los gremios en su generosidad oportuna, sin cálculos; solidaridad de los pudientes y los necesitados; solidaridad, en fin, de todos aquellos por cuyas venas corre sangre colombiana.

Es esa la solidaridad que necesitamos, para superar la infinita amargura de esta hora; y para restañar las dolorosas heridas de la patria. La cual nos duele a todos, en todo el cuerpo; nos duele con dolor de alma.

Su gesto de hoy, de siempre, ilustres expresidentes de Colombia, y la unánime solidaridad del mundo con nuestra inmensa aflicción, son todo un símbolo: consti-

tuyen punto de partida. Muestran esa voluntad y esa decisión: ayudarnos a pensar para salir adelante; para trabajar sin cálculos; para dar confianza a propios y extraños; para conservar lo mejor de nuestras tradiciones y logros; para cambiar y reformar lo que requiera modificaciones.

¡Dios y la patria se lo premien!

